

14 Sin cuentas pendientes

LA REDENCIÓN Y LA OBRA DEL SEÑOR COMO EL REDENTOR SON dos de las palabras más preciosas del vocabulario cristiano. No son sin embargo los términos más utilizados cuando hablamos de la obra de Cristo. Más a menudo hablamos de él como el Salvador. Con mucha frecuencia nos referimos a él como el Señor. Pero estas palabras nos hablan directamente sobre lo que Jesucristo hizo por nuestra salvación y de lo que le costó hacerlo.

En el principio de este siglo, B. B. Warfield hizo un discurso a los estudiantes que recién ingresaban y les hizo notar que el título redentor transmite una íntima revelación. Escribió:

Expresa no sólo el hecho que hemos recibido la salvación de parte suya, sino también lo que le costó procurarnos esta salvación. Es el nombre específico de Cristo sobre la cruz. Cuando lo pronunciamos, la cruz es como una pancarta delante de nuestros ojos y nuestros corazones se llenan de un recuerdo cariñoso hacia Cristo que se dio a sí mismo por nuestra salvación, y del precio tan caro que tuvo que pagar por ella.¹

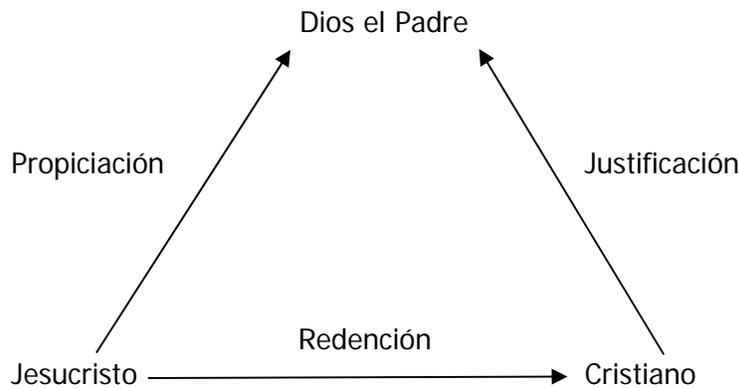
Warfield probó esta afirmación con una extensa serie de citas de himnos de la iglesia donde aparece la palabra redentor.

Que todo nuestro ser una ofrenda sea al nombre de nuestro Redentor.
 Mientras oramos por la gracia perdonadora, en el nombre de nuestro Redentor.
 Hijo Todopoderoso, Palabra Encarnada, nuestro profeta, Sacerdote, Redentor, Señor.
 Oh si tuviera miles de lenguas para cantar las alabanzas a mi Redentor.
 El nombre glorioso de nuestro Redentor levantemos la canción sagrada.
 Ave Redentor, Ave, porque tú has muerto por mí.
 Guía donde nuestro Redentor infantil yace.
 Mi querido Redentor y mi Señor.
 Toda la gloria, loas y honor
 A ti el Redentor y Rey.
 Nuestro bendito Redentor, antes de suspirar su tierno, último adiós.

Warfield citó al menos el doble de este número de himnos, y luego hizo lo mismo con los himnos que utilizaban la palabra *rescate*, la cual señaló que es casi sinónimo de redención. Hoy en día, por supuesto, estas palabras no son tan queridas como entonces. Pero esto se debe a que son menos comprendidas y apreciadas, no a que la idea detrás de estas palabras sea menos atractiva para los cristianos. Además, incluso si admitimos que han perdido al menos algo de su popularidad, son más adecuadas que muchas otras palabras para describir lo que ha sido hecho por nosotros para nuestra salvación.

El triángulo de la salvación

Podemos ver lo apto de este título cuando consideremos las tres principales palabras relacionadas con la salvación: la propiciación, la justificación, y la redención. Cada una de estas aparece en los versículos clave que introducen la obra de Cristo en la presentación del evangelio que Pablo hace en el libro a los Romanos: "siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre" (Ro. 3:24-25). Podemos hacer la comparación fácilmente por medio de un triángulo como el de la Figura 1. La propiciación está representada por la flecha que vincula a Cristo con Dios el Padre. La flecha señala hacia arriba, porque Cristo propició al Padre mediante su muerte en nuestro lugar. La línea que vincula a Dios el Padre con los cristianos es la justificación. La flecha señala hacia abajo, porque la justificación se refiere a algo que Dios hace con nosotros. Somos justificados por gracia sobre la base del sacrificio de Cristo. El tercer lado, la base del triángulo, es la flecha que vincula a Jesús con nosotros, es la redención. Señala hacia nosotros, porque la redención es algo que Jesús hace con su pueblo. El nos redime y nos hace libres.



En este diagrama, Dios el Padre tiene la iniciativa de una de estas acciones: la justificación. Jesús tiene la iniciativa de dos acciones: la propiciación, dirigida hacia el Padre y la redención, dirigida hacia su pueblo. Nosotros, que no tenemos la iniciativa de nada, recibimos la justificación y la redención. Pero —y este es el tema de la ilustración— de estas tres palabras clave sólo la redención describe lo que el Salvador hace por nosotros en la salvación. ¡Nos redime! Por lo tanto, es natural que esta palabra (o la idea que representa) sea la más preciada.

La palabra griega en la raíz de este grupo de palabras que significa "redimir", "redentor" y "redención" es *lyó*, que significa "aflojarse" o "aflojar". Se la utilizaba para describir el aflojarse la ropa o quitarse la armadura. Aplicada a los seres humanos, significaba el aflojar las ataduras para que, por ejemplo, un prisionero pudiera ser libre. A veces se la utilizaba con respecto al procurar la liberación de un prisionero por medio de un rescate; en esos casos significaba "liberar por el pago de un rescate".

De este último uso del verbo derivó el sustantivo *lutron*. Se refería a los medios por los cuales se lograba la redención del prisionero. Significaba propiamente el "precio del rescate". A partir de esta palabra se desarrolló otro verbo nuevo, *lutroó*. A diferencia del primer verbo, *luó*, que era simplemente un término cuyo significado general era "aflojarse" y que sólo en pocas ocasiones significaba "rescatar", este verbo parece siempre significar "rescatar por medio del pago de un precio". A partir de allí se derivó la palabra *lutrosis* ("redención", "liberación"), *apoluó* ("liberar", "dejar en libertad", "divorcio", "perdonar") y otros términos relacionados. Como los prisioneros en su mayoría eran esclavos y los esclavos eran, en efecto, prisioneros, estas palabras también estaban relacionadas con la compra de un esclavo con la intención de dejarlo libre después de haberlo comprado. Algo del significado básico de estas ideas está conservado en la idea de rescatar algo de una casa de empeños; el objeto es liberado cuando se paga el precio del rescate.

Hasta aquí todo parece ser bastante simple y directo, ya que cuando la palabra *redención* se usa con respecto a la obra de Cristo, es obvio que significa la obra por medio de la cual Jesús nos liberó del pecado. Pero es aquí donde comienzan a surgir los problemas. Del mismo modo que algunos académicos se han opuesto al verdadero significado de la propiciación, creyendo que la idea del aplacamiento de la ira de Dios no es digna de un Dios cristiano, algunos también se han opuesto a este significado básico de la palabra *redención*. La idea de liberación está bien para estas personas, pero la idea de un precio de rescate está mal. "¿Cómo puede Dios pedir un precio por la salvación?", se preguntan. "Si Jesús tuvo que pagar el precio de su muerte para nuestra liberación, ¿no significa eso que Dios en realidad está vendiendo sus favores y que la salvación por lo tanto no es por gracia?" Para desarrollar esta objeción, recientemente los académicos bíblicos han hecho un intento serio de considerar la palabra *redención* bajo otra óptica, como si fuera una palabra que significara "liberación" pero sin las connotaciones de un rescate. Parte de esta tarea ha sido realizada por los académicos alemanes en cuyo idioma la palabra para redención (*Erloesung*, pero no *Loskaufung*) significa sólo liberación. Los académicos ingleses también señalan que el grupo de palabras relacionadas con la redención no siempre implica la idea de un precio de rescate. Por ejemplo, los discípulos que iban camino de Emaús hablaban de sus expectativas mesiánicas con respecto a Jesús,

las que no habían sido colmadas, diciendo: "Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel" (Lc. 24:21). Señalan que los discípulos no estaban pensando en ningún rescate del pecado y ni siquiera en nada espiritual. Lo que querían decir es que habían tenido la esperanza de que Jesús era quien los habría de liberar de Roma.

Dichos pensadores también señalan otros versículos que hablan de la redención final de nuestros cuerpos. Lucas 21:28 —"Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca"—. Romanos 8:23 —" y no sólo por (la creación), sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo"—. Efesios 4:30 —"Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención"— ¿Qué puede decirse de esta objeción? Una respuesta inmediata es que los discípulos que iban camino de Emaús obviamente no habían entendido el tipo de redención que Jesús había venido a traer. Otra es que, como en el caso de la propiciación, el precio pagado no es en realidad el precio pagado por otro a Dios, sino que es el precio que Dios se paga a sí mismo. Es Dios quien está saldando nuestra cuenta para que la salvación nos resulte completamente gratuita. Una Tercera respuesta es que, también, en un cierto sentido, habrá una redención final que será una liberación de este mundo pecaminoso. Una respuesta completa, sin embargo, involucra un estudio cabal de toda la información lexicográfica. Abarca cuatro áreas.

Primero, las ideas de redención contenidas en el Nuevo Testamento están necesariamente condicionadas por las formas del Antiguo Testamento; en el Antiguo Testamento la idea de un rescate o de un precio por el rescate ocupa un lugar prominente. En el marco de fondo del Antiguo Testamento hay tres palabras que son particularmente significativas. La primera de ellas es *gaal* ("dejar en libertad") o *goel* (que suele traducirse como "redentor filial"). Se refiere a la obligación que una persona tiene hacia otro miembro de su familia para preservar el honor o las posesiones de la familia. Por ejemplo, si un hombre perdía sus propiedades por causa de una deuda, como fue el caso del marido de Noemí narrado en el libro de Rut, era la obligación del redentor filial (en este caso Booz) volver a comprar la propiedad —para que así volviera a quedar con el nombre de la familia—. Esta obligación también se extendía a comprar un miembro de la familia que hubiera sido hecho esclavo (Lv. 25:47-55).

La segunda palabra es *padah*. Significa "rescatar pagando un precio", como en el caso de la redención del primogénito, que de lo contrario pertenecía a Jehová (Ex. 13:11-14; Nm. 18:15-16). Difiere de la palabra *gaal* en que la redención a que se refiere es voluntaria y no tiene el carácter obligatorio que tiene la redención filial.

La tercera palabra es *kopher* que significa un "precio por el rescate". Supongamos, por ejemplo, que un buey había matado a alguien de una cornada. Este era un crimen que debía pagarse con la muerte del buey y en algunas circunstancias (si hubiera habido negligencia) el dueño del buey debía morir. Tenía que pagar con su vida la vida de aquel que su buey había matado. Pero podía redimir su vida por *kopher*. Esto significa que se podía negociar un precio con los parientes del que había muerto, el precio pactado podía pagar el precio de su propia vida (Ex. 21:28-32).

Estas tres palabras, cada una con sus connotaciones y sus leyes, nos indican que la idea de la redención por el pago de un precio no sólo era una práctica común sino que también era en realidad un principio fundamental de la vida social y religiosa de Israel. Por lo tanto, a no ser que se pruebe lo contrario, la redención y no la idea más limitada de liberación debería ser el concepto subyacente en el Nuevo Testamento.

Segundo, las palabras relacionadas con la redención también ocurren junto con la idea del pago de un precio por el rescate en la lengua griega secular del período del Nuevo Testamento, fundamentalmente con referencia a la redención de los prisioneros de guerra o los esclavos. En ese caso, el precio es tan importante que está expresado en fórmulas estándar de manumisión. Por ejemplo, "_____ le vendió al Apolo Pitión un esclavo masculino llamado _____ al precio de _____ minas, con la condición que fuera dejado libre".²

Tercero, los pasajes más importantes en el Nuevo Testamento que usan el vocabulario relacionado

con la redención, con respecto a la obra de Cristo, casi siempre enfatizan el precio pagado por nuestra liberación. Mateo 20:28 dice: "como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos". En este pasaje el precio de la redención ha sido expresado por el Señor mismo; es su vida. Tito 2:14 nos habla de Jesús que "se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". La utilización que se hace en este versículo de la terminología relacionada con los sacrificios ("iniquidad" y "purificar") nos está señalando que el autor no está pensando en la entrega que Jesús hace de sí mismo como una entrega viva simplemente, por ejemplo en el servicio, sino en el hecho que se entregó a sí mismo en la muerte. Nuevamente, resalta el precio de la vida de Cristo. Por último, en 1 Pedro 1:18-19 encontramos el lenguaje más claro. "sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación". En cada uno de estos pasajes (y en muchos otros, además) la redención se logra por el pago del más alto precio que era posible imaginar, la muerte o la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios.

La cuarta área que sirve de apoyo al significado tradicional de la redención es que las palabras más comunes para la redención, las que hemos analizado hasta aquí, no son las únicas que ocurren en el Nuevo Testamento. Hay otras dos, cada una de las cuales también incluye la idea de una liberación luego del pago de un precio. La idea está inherente en las palabras mismas. La primera es *agorazó*. Significa "comprar" y ocurre en versículos tales como 1 Corintios 6:19-20; 7:22-23; 2 Pedro 2:1; Apocalipsis 5:9-10; todos hablan de los elegidos como habiendo sido comprados por la muerte de Cristo. La segunda palabra es *exagorazó*, que se basa en la anterior y significa "comprar la parte de un socio". Como ambas están relacionadas con la palabra *agora* que significa el mercado o el lugar de negocios, estas palabras en realidad significan "comprar la parte de un socio en el mercado" de modo que uno cuya parte ha sido comprada no puede volver allí nunca más.

Redimir: Comprar la libertad de la esclavitud

Un estudio del léxico de la palabra *redimir* no nos brinda realmente todo el significado teológico que encierra esta palabra; es necesario que consideremos entonces tres doctrinas cruciales relacionadas con este término.

La primera doctrina es la del estado original del hombre, que era sin pecado. En ese estado el primer hombre y la primera mujer eran libres, con la libertad propia de unos seres creados. Estaban en comunión con Dios. La redención implica que uno debe ser comprado nuevamente para disfrutar ese estado que había disfrutado con anterioridad. En este punto, por supuesto, el cristianismo va en contra de la corriente de pensamiento sobre el hombre dominante en la actualidad: que el hombre paulatinamente se está perfeccionando. Según la creencia contemporánea popular, la culpa no existe. Por el contrario, la raza humana debería ser alabada y es en realidad su propia salvadora. Por eso es que esta creencia es tan popular. Según la perspectiva bíblica, que gira en torno a la palabra redención y otras similares, en realidad estamos caídos, hemos caído de un estado mejor, y por lo tanto somos culpables y necesitamos un Salvador. En realidad, nuestra culpa es tan enorme y tan profunda ha sido nuestra Caída que sólo Dios puede salvarnos.

La segunda doctrina relacionada con la idea de la redención es la Caída, como ya hemos sugerido. Existe un paralelismo entre la manera en que una persona podía convertirse en esclavo en la antigüedad y la forma como la Biblia nos dice que una persona queda sujeta al pecado. En el mundo de la antigüedad, una persona podía convertirse en esclavo de tres maneras. Primero, podía haber nacido en esclavitud. Es decir, si su padre o su madre eran esclavos, esa persona también era un esclavo. Segundo, la persona podía quedar en esclavitud por una conquista. Si en una guerra una ciudad o un estado conquistaban a otra ciudad u otro estado, los habitantes derrotados eran llevados cautivos. Tercero, una persona podía convertirse en esclava por causa de una deuda. Si él o ella debía más de lo que podía pagar, cabía la posibilidad que esa persona fuese vendida como esclava para poder saldar la deuda.

Estas maneras de caer en la esclavitud se corresponden con las distintas maneras en que la Biblia habla sobre el pecado como teniendo control sobre el individuo. En la antigüedad, uno podía haber nacido esclavo. David escribió: "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Sal. 51:5). David no quiere decir que su madre estuviera viviendo en pecado cuando lo concibió o que hubiera algo pecaminoso o malo con el acto mismo de la concepción. Lo que significa es que nunca hubo en su existencia un momento cuando estuviera libre del pecado y que había heredado la naturaleza pecaminosa de sus padres, del mismo modo que ellos la habían heredado antes de los suyos. Ya vimos como alguien podía convertirse en esclavo mediante una conquista, y la Biblia nos habla del pecado que gobierna a las personas. David escribió acerca de "las soberbias" y oró pidiendo que no se "enseñoreen" de él (Sal. 19:13). La otra posibilidad, que era la de convertirse en esclavo por causa de una deuda, está sugerida en Romanos 6:23, que dice que "la paga del pecado" es la muerte. Esta expresión no significa que el pecado es premiado, excepto en un sentido irónico. Significa que el pecado es una deuda y que sólo la muerte del pecador puede saldar la cuenta.

Estas ideas de un estado perfecto y original y la subsiguiente Caída son importantes para el concepto de la redención, pero no constituyen todavía la idea central. Esta la hallamos en la tercera doctrina clave relacionada con la redención. Si bien hemos caído en una esclavitud desesperada por causa del pecado y estamos bajo el dominio de un cruel tirano, Cristo, sin embargo, con su sangre ha comprado nuestra libertad del pecado. Ha pagado el precio para que podamos ser dejados en libertad.

Quizá la más grande ilustración bíblica sobre la salvación (y lo que significa la redención en particular) sea la historia de Oseas. Oseas fue un profeta menor —menor con respecto a la extensión de sus profecías, pero no con respecto a su importancia— cuyos escritos se basan en la historia de su matrimonio. Desde el punto de vista humano, su matrimonio fue desgraciado, porque su esposa le fue infiel. Pero desde el punto de vista de Dios fue un matrimonio especial. Dios le dijo a Oseas que eso iba a pasar en su matrimonio pero que sin embargo tenía que seguir adelante porque Dios quería proveer una ilustración de su amor. Dios amaba al pueblo que había tomado para sí mismo aunque este pueblo le fuera infiel y cometiera adulterio espiritual con el mundo y sus valores. El matrimonio debía ser como un espectáculo en un teatro. Oseas estaba desempeñando el papel de Dios. Su esposa estaba haciendo el papel de Israel que era infiel. Ella sería infiel, pero cuanto más infiel fuera, más la amaría Oseas. Esta es la manera como Dios nos ama aun cuando hemos huido de él y lo deshonramos.

Oseas describe su comisión diciendo: "El principio de la palabra de Jehová por medio de Oseas. Dijo Jehová a Oseas: Vé, tómate una mujer fornicaria, e hijos de fornicación; porque la tierra fornicia apartándose de Jehová. Fue, pues, y tomó a Gomer hija de Dibaim, la cual concibió y le dio a luz un hijo" (Os. 1:2-3).

Hay lecciones significativas en las primeras etapas de este drama —en el nombre de los hijos que nacieron de Oseas y Gomer y en el cuidado de Oseas hacia su mujer después que ella lo había dejado— pero el clímax se da cuando Gomer es hecha esclava, posiblemente por causa de deudas. Oseas debe librarla, como una demostración de la manera en que el Dios fiel ama y salva a su pueblo. Los esclavos eran vendidos desnudos en la antigüedad y esto debe haber sido también cierto en el caso de Gomer cuando estuvo parada en la subasta en la ciudad capital. Aparentemente había sido una mujer hermosa. Todavía era hermosa a pesar de su estado caído. Cuando comenzaron las ofertas, estas eran altas, mientras los hombres de la ciudad ofrecían comprar el cuerpo de la esclava.

"Doce piezas de plata", dijo uno.

"Trece", dijo Oseas.

"Catorce".

"Quince", dijo Oseas.

Los postores que ofrecían menos se habían retirado. Pero alguien agregó: "Quince piezas de plata y un homer de cebada".

"Quince piezas de plata y un homer y medio de cebada", dijo Oseas.

El rematador debe haber recorrido con su mirada el público y no recibiendo otra oferta dijo: "Vendida a Oseas por quince piezas de plata y un homer y medio de cebada".

Ahora Oseas era dueño de su esposa. Podría haberla matado si hubiere querido. La podría haber humillado delante de todos de la manera que él hubiere elegido. Pero en lugar de hacer eso, la vistió, y la condujo dentro de la multitud anónima, y le demandó su amor prometiéndole al mismo tiempo que él la amaría.

Así es como lo narra: "Me dijo otra vez Jehová: Ve, ama a una mujer amada de su compañero, aunque adúltera, como el amor de Jehová para con los hijos de Israel, los cuales miran a dioses ajenos, y aman tortas de pasas. La compre entonces para mí por quince siclos de plata y un homer y medio de cebada. Y le dije: Tú serás mía durante muchos días; no fornicarás, ni tomarás otro varón lo mismo haré yo contigo" (Os. 3:1-3). Oseas estaba en todo su derecho de demandarle lo que antes ella no le había dado, pero junto con la demanda él también promete amarla. La enseñanza de esta historia es que Dios ama a todo; los que son verdaderamente sus hijos espirituales.

Esto es lo que significa la redención: comprar la libertad de la esclavitud. Si entendemos la historia de Oseas, entendemos que nosotros somos los esclavos en la subasta pública del pecado. Fuimos creados para tener una comunión íntima con Dios y para la libertad, pero nuestra infidelidad nos ha deshonrado. Primero, hemos flirteado y luego hemos cometido adulterio con el mundo pecador y sus valores. El mundo también ha ofertado por nuestra alma, ofreciendo sexo, dinero, fama, poder y tantas otras cosas en las que trafica. Pero Jesús nuestro esposo fiel y amante, participó de este remate y nos compró. Ofreció su propia sangre. No hay oferta mayor que esa. Y fuimos hechos suyos. Nos volvió a vestir, no con los harapos sucios de nuestra vieja injusticia, sino con vestidos nuevos de justicia. Nos dijo: "Me perteneceréis... no tomaréis otro...; lo mismo haré yo".

Libres para servir

La redención tiene dos consecuencias. En primer lugar significa que ahora somos libres. Si bien puede parecer paradójico, el haber sido comprados por Jesús significa haber sido dejados en libertad, libres de la culpa y la tiranía de la ley y el poder del pecado—. Pablo habla de esta libertad en la epístola a los Gálatas, donde en el punto más alto de esta carta desafía a quienes le esta escribiendo: "Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libre: y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud" (Gá. 5:1).

Pero esta es una libertad de un tipo especial. No significa que estamos libres y podemos hacer lo que nos plazca, pecar con impunidad o nuevamente queda sujetos a la rebeldía y la infidelidad. Hemos sido liberados para servir a Dios. Hemos sido hechos libres para desear el bien. Hemos sido liberados para que podamos obedecer y amar a Jesús. Como escribe Pablo: "¿O ignoráis... que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (1 Co. 6:19-20). La redención es algo glorioso. Cuando pensamos en ella nuestros corazones se deberían derretir y hacer brotar alabanzas hacia aquel que se dio a sí mismo para que pudiésemos ser libres. Pero no sólo eso. También nos está llamando al nivel más alto posible de entrega. De la misma manera que Jesús se entregó a sí mismo por nosotros, así deberíamos entregarnos nosotros a él. Debemos tener la voluntad de servirle y estar prontos y dispuestos. El murió por nosotros por su gran amor. Ese amor, ese amor tan asombroso, "requiere mi alma, mi vida, mi todo".

Notas

1. Warfield, "Redeemer and Redemption", *The Person and Work of Christ*, p. 325. Este discurso de apertura del año lectivo fue dado en Miller Chapel, el 17 de setiembre de 1915, y apareció por primera vez en *The Princeton Theological Review*, XIV, 1916, pp. 177-201.
2. Morris, *The Apostolic Preaching of the Cross*, p.22. Este y otros ejemplos han sido sacados de *Light from the Ancient East* por Adolf Deissman.
3. Esto ya ha sido analizado en detalle en las páginas 161-164, y en el primer capítulo de este libro.